

LOS ESTUDIOS HISTORICOS Y SU VALOR FORMATIVO

Por JOSE DE LA RIVA-AGÜERO.

Profesor de la Universidad Católica del Perú.

Necesito, ante todo, disculparme y explicarme. No me compete el honor que se me ha atribuído, inmerecidamente, de cerrar y coronar este ciclo de conferencias organizado por la Acción Católica Peruana, en que hemos escuchado disertaciones profundas, como las de los profesores Honorio Delgado y Mariano Iberico, o brillantes y elocuentísimas como la de mi fraternal amigo, el gran orador Don Víctor Andrés Belaunde. En comparación con ellas, mis reflexiones casi triviales han de parecer forzosamente pálidas y desgarradas, pero yo no podía faltar al compromiso — que tenía ya más de un año de vigencia — con el Presidente Nacional de la Acción Católica, y no podía dejar de contribuir a la tarea de vulgarizar los conceptos pedagógicos de la Iglesia recordados en una encíclica del Sumo Pontífice; ni podía tampoco rehusarme cuando se me señalaba como materia la Historia, campo de mis estudios, y en el que creo poder, sin grande audacia, formular algunas observaciones y algunas críticas oportunas y quizá urgentes.

No hay nada peor que las nociones vagas u olvidadas a fuerza de muy sabidas; y no hay nada peor tampoco que el silencio en momentos que pueden ser decisivos y graves para la pedagogía nacional: con decir esto he manifestado el doble fin que aquí me trae.

La Historia, disciplina humana importantísima — tanto que se calcula que su materia comprende como la mitad de los escritos de los hombres — es tan compleja que cabe distinguir en ella cuatro

Conferencia dada en Lima el viernes 29 de Octubre de 1943, dentro del ciclo organizado por la Acción Católica Peruana.

puntos de vista: la Historia como método, la Historia como ciencia, la Historia como arte moral o teorético, y finalmente la Historia como arte estético.

Como método, la Historia es una disciplina descriptivo-narrativa con indicación de causas, atendiendo a los procesos genéticos sociales; a esto se refería en la antigüedad Quintiliano al llamar la Historia que se dedica a la narración "Ad narrando". Es la Historia que va desde la mera relación, de los simples anales o crónicas, hasta la Historia reflexiva, según vaya indicando con mayor o menor generalidad las causas de los hechos. Considerada como método, sin atender a su objeto propio, la Historia puede aplicarse a muchísimas materias y precisamente un tratadista platónico del Renacimiento, Sebastián Fox, en un diálogo de pleno siglo XVI sobre la enseñanza de la Historia, presentía y afirmaba ya este principio: todas las ciencias o casi todas las ciencias se pueden tratar históricamente, por narración e indicación de causas próximas y particulares. Y esto es tan cierto que hay ciencias naturales que emplean el método histórico, como la Biología Filogenética y la Paleontología: si la Paleontología no se llama propiamente Historia es porque en ella no recae el método histórico sobre el objeto propio de la Historia, que está constituido por los hechos sociales.

La Historia, por otra parte, además de ser un método es una verdadera ciencia porque tiene un objeto propio y porque se propone la formulación de leyes. No se crea que este es un lugar común que todos aceptan: la calidad científica de la Historia ha sido muy discutida, y en particular en tiempos recientes, grandes filósofos como Schopenhauer y Croce — para no citar sino a los modernos — y aun Stuart Mill, niegan a la Historia su calidad de ciencia porque — dicen — está encerrada en lo particular, y de lo particular no asciende a formular leyes generales como las de las ciencias físicas y naturales. Y hay tratadistas históricos — como el rumano Xenopol, muy conocido, y a quien muchos de los que me escuchan habrán leído — que llegan a una conclusión intermedia pero que es también una conclusión vergonzante; le niegan a la Historia la facultad de formular verdaderas leyes provistas de generalidad y de constancia, y le conceden sólo la de establecer frecuencias, tendencias y series.

Yo creo que esta es una idea errada, por muy válida que haya estado en la generación intelectual que nos precedió. Era entonces de uso distinguir mediante una división profunda y hondísima las ciencias de la naturaleza de las ciencias del espíritu: aquéllas, con leyes ineluctables y precisas; éstas, con vagas tendencias, con constancias, porque se decía, y se dice por muchos, que el espíritu es el reino de la libertad, el dominio de lo contingente y de lo arbitrario. Es principio generalmente aceptado, y para mí exacto, que no hay ciencia de lo particular o individual, sino que toda ciencia ha de ascender a un grado mayor o menor de generalidad, y es más o menos perfecta según la seguridad de las leyes a que llega. Esta concepción de una diferencia o separación profunda, no sólo de método sino esencial, entre las ciencias del espíritu y las ciencias naturales, es rara en los panteístas, en los pan-psiquistas, que de ordinario la profesan agravando con ello los inconvenientes del dualismo. Yo no creo escandalizar al decir ciertamente que no soy monista ni mucho menos panteísta, pero no creo en el dualismo tal como generalmente se expone; me declaro pluralista, no en el sentido de James sino en el amplio sentido de la compenetración mediante las formas y la materia del espíritu y la naturaleza en todos sus grados. La naturaleza, el mundo que comprende todo lo creado, además de la división radical y esencial entre el espíritu y la materia, cuenta con agentes, con entelequias, de muchas de las cuales no se puede decir con seguridad si son materia o espíritu, y esto, por el abrazo íntimo, por la compenetración profunda de las entelequias con la misma materia que diversifican y que iluminan.

Este pluralismo hace que en concepto de los que así pensamos, no exista una diferencia tan marcada entre las ciencias llamadas materiales y las ciencias llamadas espirituales, porque la ciencia no es sino la penetración del objeto por el sujeto, que es espíritu; y el sujeto que es espíritu y el objeto que es materia, vienen a ser comprendidos por él, mediante un esfuerzo espiritual y mediante las razones o condiciones de inteligibilidad que en el objeto existen, y así, cuando se dice que la contingencia y la libertad son el patrimonio y las características del espíritu, se sienta una proposición que es excesiva y que por excesiva resulta errada, porque aun los más intonsos en ciencia sabemos que, como decían los griegos, en el fondo de la materia hay contingencia e indeterminación, y esto está

probado por la ciencia actual que advierte la indeterminación en el mundo microscópico, o ultra-microscópico, según lo ha probado la mecánica cuántica; y no solamente en este mundo microscópico, sino también en el mundo biológico, no hay puro mecanismo; hay espontaneidad, hay indeterminación, y esto se prueba por los estudios de todas las modernas escuelas neo-vitalistas, y por los de muchos cultores de la ciencia biológica en diversos países de Europa.

Pues bien, así como en la naturaleza hay un elemento de contingencia, en el espíritu hay un elemento de precisión y de necesidad que es la razón, y esta diferencia que suele presentarse como tan profunda, no lo es tampoco; porque dentro de las mismas ciencias del espíritu existen algunas como la Psicología experimental o psicofísica que emplea procedimientos y métodos materiales.

De modo que, admitiendo y proclamando no sólo la diferencia substancial entre naturaleza y espíritu, sino también la existencia de seres que participan de las dos cualidades, la diferencia entre las ciencias de la naturaleza y las del espíritu no es tan profunda que tengamos que negar en la Historia la posibilidad de leyes, aunque se haya dicho, y repetido con tanta rutina, que la Historia es el terreno de lo contingente, de lo particular y de lo libre.

En la naturaleza y en el espíritu, sólo tiene existencia real lo que es individual, y hay que abstraer del individuo — la abstracción es un procedimiento que va unido a nuestro conocimiento — la parte general: solamente así se llega a las leyes históricas cuyos pormenores no puedo explicar porque alargaría mucho esta conferencia, pero leyes históricas que suben de una menor generalidad hasta una mucho mayor.

Esta generalización extraordinariamente abstracta es la que debe constituir esa quintaesencia de la Historia que es la ciencia social, la cual no es una novedad, puesto que ya Aristóteles la formuló en su inmortal tratado de la Política, y la presentía el historiador de la decadencia, Polibio, tan malo y pendantesco como escritor — hasta el extremo de parecer un periodista contemporáneo — como vigoroso en calidad de pensador, y que fue uno de los primeros que nos habló de las regularidades o ciclos en la Historia, que él denominó “anaclosis”, siendo así un precursor de los ciclos de Vico y de Spengler.

La Sociología (que tiene un título vago, producto de un mestizaje greco-romano, pero que está ya aceptada bajo esta denominación) es la ciencia abstracta que totaliza y generaliza los resultados de la Historia y viene a ser como una especie de Geometría Moral. La base de la Sociología y de la Historia, las ciencias que deben fundamentarlas, son una o varias, por este enlace íntimo que he procurado explicar dentro de la estrechez del tiempo de que dispongo. Yo creo que la Historia tiene como bases, no sólo factores biológicos, como el medio y como la raza; ni sólo factores materiales, que los marxistas han exagerado monstruosamente, pero cuya influencia sobre la Historia no puede negarse; sino también y principalmente, factores psicológicos, hasta tal punto que concibo la Psicología, sobre todo la Psicología colectiva, como el cimiento sobre el cual se asienta la Historia. No faltará entre los jóvenes, quien diga: "pero, aquella es una teoría muy antigua; ya la Sociología no se asienta sobre la Psicología individual, ni siquiera sobre la colectiva, como se creía en los tiempos de Tarde, de hace cuarenta o cincuenta años". No atendamos a la época sino a la calidad y fundamento de los principios, y no llevemos a asuntos tan graves como la Historia y la ciencia social, criterios excesivamente transitorios y frívolos que debieran quedar sólo para las modistas o para los revisteros mundanos. Pero además esa observación no sería exacta: la Psicología colectiva es reconocida aun ahora como sustentáculo y asiento de la Historia.

El peligro está precisamente en la teoría opuesta, en la teoría que prevaleció en Francia hasta hace uno o dos decenios, y que ha tenido deplorable influencia incluso entre nosotros: me refiero a la de Durkheim, acerca de la cual me será permitido decir algo, para anotar siquiera sus puntos principales, que son también los más peligrosos y nefastos.

Para Durkheim la Psicología no tiene nada que hacer con la Historia. Considerando que el individuo no lleva nada a la Historia, lo cual equivale a suprimir la iniciativa individual del héroe, del inventor y del grande hombre, ve en todo fenómeno histórico un simple fenómeno colectivo; el individuo es en su concepto una mera posibilidad, y la Psicología individual, cuya aparición es tardía según él, se reduce a un corolario de la Sociología, de los hechos sociales. Este objetivismo extremo de Durkheim que lo lleva

a negar no sólo los derechos del individuo sino la posibilidad de una raíz individual del concepto de religión y de justicia, es el extremo del nominalismo jurídico de Duguít y de otros que no conciben sino la reunión de los individuos. La posición media a la que me inclino es la del realismo moderado o templado que reconoce la existencia y sustantividad del Estado y de las funciones jurídicas, pero que cree que esa existencia se abstrae de lo general que existe en el individuo, cosa contra la cual va la teoría general de Durkheim. Los resultados extremos de esta tendencia socialista de Durkheim, se pueden hallar en lo que un funcionario bolchevique decía a un viajero que se había propuesto examinar en un reportaje el nivel de los conceptos sociales de aquel país. Le decía: "Creemos tanto en la superioridad y objetividad de lo social, en la fuerza y sustantividad del Estado, y en qué éste como tal tiene sér por sí y conciencia por sí, que no desesperamos de que llegue el día en que el Estado se encarne no en un individuo sino en un cuerpo y en que aparezca ante nuestros ojos como un ser individual y distinto del hombre". Hasta dónde puede llegar lo que justamente debe llamarse el "totalitarismo marxista" o "bolchevique" que es en realidad el único genuino y absoluto totalitarismo doctrinal que existe!

Pero, a más de ser la Historia una ciencia de leyes y un método, es un arte; no hablamos aquí de artes mecánicas, ni de artes estéticas. Es un arte porque mira a la práctica y porque sin referirse a procesos ha de tener en cuenta la calificación ética, porque en la Historia no habría sentido, no habría criterio, no habría posibilidad de juicio, si no se hicieran valoraciones que bien entendidas — y este es el punto en debate — pueden ser relativas o absolutas, pero valoraciones éticas sin las cuales ninguna historia podría existir porque sólo ellas permiten referir los hechos unos a otros en su finalidad, que esa sí es la característica del espíritu.

Si la valoración se admite sólo como relativa, para determinado fin transitorio, para un país, una época o una cultura, como ahora de preferencia se dice, tenemos el sistema poliformista de las culturas cerradas, de la negación de la Historia universal, tipo no sólo Durkheim sino también Spengler. Si la valoración, como lo defiende Rickert — y con él muchos, casi todos los de la escuela de los valores — es una valoración universal, total, tenemos el con-

cepto de la historia universal, el concepto de la marcha ininterrumpida de la civilización, distinta del progreso, que tiene otro carácter y otro contenido ideal; es decir, tenemos el concepto de que la humanidad tiene un fin, y los que creemos en lo absoluto, en Dios, en la Providencia, no podemos menos que aceptar esta Historia universal, esta valoración general y absoluta defendida por tantos filósofos y que ha sido la doctrina de todos los grandes historiadores católicos, de San Agustín y de Bossuet. Pero, a más de ser arte ético — hasta el extremo de que sin esta valoración moral, relativa o absoluta, no se puede escribir la Historia porque no hay cómo relacionar los hechos unos a otros en su teleología, en su finalidad, en el bien que persiguen los individuos o las colectividades — además de ser arte en este sentido, la Historia pertenece al arte estético. La razón de ello está, en mi concepto, en que el conocimiento histórico está íntimamente vinculado con una intuición reconstructora. El historiador no piensa las cosas en el presente, no considera su objeto en sí mismo, porque no dispone de él ni lo tiene delante: lo reconstruye valiéndose de vestigios que son los documentos y monumentos, pero para reconstruirlo necesita intuir, adivinar la síntesis psicológica, el estado de conciencia de los individuos que realizaron aquellos actos, y esta intuición, esta operación oculta del entendimiento, va unida con la imaginación. Al ver reconstruída por síntesis, casi adivinada, la realidad que se había evaporado, el espíritu tiene una fruición contemplativa: esto hace que la Historia, así vinculada con la estética, sea una disciplina mixta como lo es la Oratoria, en que al lado de la parte literaria, la parte estética está en el fondo que pertenece a la Dialéctica y por consiguiente a la Lógica.

Por consiguiente no estaba tan equivocado, no era tan huero como a veces lo hemos creído, nuestro viejo peruano don Pedro de Peralta cuando dijo que la Historia es un poema de la verdad, sin metro, porque dejando de lado la invención, la fábula y el ritmo, se retiene el alma del poema; y el poema, etimológicamente se entiende, es la reconstrucción, la creación por medio de la razón y de la fantasía. Por eso no hay historiador cabal ni obra histórica de amplio valer y digna de este nombre, en que no haya elementos estéticos no sólo importantes sino esenciales, porque no se refieren solamente a la expresión sino al procedimiento y a la forma.

Consecuencias pedagógicas de lo que acabo de exponer, de ser la Historia un arte moral teórico y un arte estético, son: que la antigua *Historia moral* está justificada, no en las generalidades más o menos ingenuas en que insiste, sino en el fondo, en la justificación de la Historia por el desarrollo moral de sus hechos; y que hay que enseñar la Historia sin prescindir de las enseñanzas morales ciertas y verdaderas que de ella se desprenden, y sin prescindir tampoco del elemento poético que encierra y que la hace tan afín a la Ética y a la Tragedia. Hay una escuela moderna que quiere ver como Xenopol en la Historia Literaria un género falso y caduco, pretendiendo que en la Historia no intervenga la imaginación; y hay otra escuela pedagógica que pretende que la Historia debe enseñarse sólo por el desarrollo de las instituciones prescindiendo de todo rasgo pintoresco, sobre todo si aquel rasgo pintoresco puede tener belleza épica y guerrera.

A mí me parece que no servirse de la Historia para el desarrollo moral y estético de los alumnos es una equivocación gravísima, y que una Historia sin el elemento literario y sin el elemento ético bien aprovechados, será siempre una Historia tediosa que no logrará influir como elemento formal y educativo en el alma de los estudiantes.

Paso ahora, aunque tendría muchas transiciones que recorrer, a la segunda parte de esta conferencia, sobre la enseñanza de la disciplina histórica en nuestro país.

Hace mucho tiempo que dije, y no me arrepiento, que por desgracia el Perú, uno de los países de más rica historia pre-hispánica, hispana y aun independiente, ha tenido una producción inferior a muchos de los países sudamericanos: Chile, Argentina, el Brasil y aun las repúblicas colombinas. Mucho se va remediando de esa inferioridad con la investigación personal y la enseñanza universitaria de esa que podemos llamar nueva generación, que hoy se halla en su apogeo y que ha venido a corroborarnos, a superarnos y a mejorarnos. Si todos los esfuerzos históricos y pedagógico-históricos fueran en el Perú como los de dos amigos míos cuyos nombres quiero citar aquí, Jorge Basadre y Raúl Porras, las disciplinas históricas y sobre todo la enseñanza de ellas se hallarían en el Perú en un estado muy satisfactorio. Pero esas son todavía excepciones: se necesita mayor número, mayor densidad de cultores his-

tóricos imbuidos de esta buena escuela de méritos, de veracidad y de ilustrado patriotismo. No quiero acá sino referirme a los textos de primera y segunda enseñanza. Los he examinado ya varias veces, en dos ocasiones de mi vida: en una época ahora remota, en 1915, y en otra no tan lejana: en 1935 ó 36, me ha tocado por encargo oficial examinar textos de enseñanza primaria y media.

Para no fatigar a mis oyentes con el farrago de consideraciones generales que requieren desarrollo mucho mayor, quise, a fin de hacer obra de alguna utilidad práctica, continuar en mi investigación de hace años y he hallado que el mal, lejos de remediarse, se ahonda por la precipitada y fácil aprobación de textos inaceptables y mendaces y por la desacertada reforma reciente del programa de la enseñanza primaria y secundaria.

Comencemos por lo menos importante, para terminar con lo más importante, que es el Perú.

Por el principio psicológico de jactarse de lo que no se conoce, nosotros nos jactamos de estar a la última en cuanto a la información de los textos corrientes científicos e históricos. Y el hecho es que la mayor parte de los textos que sirven para la enseñanza primaria, secundaria y aun algunos para la superior, tienen un retraso de cerca de medio siglo, y no se crea que hago a la ventura este juicio o apreciación. Quiero señalar una serie de casos concretos, advirtiéndole que si cuando alabo puedo mencionar el nombre, cuando censure lo callaré caritativamente para conservarle a esta conferencia, por más familiar y somera que sea, sus características de dignidad y altura.

No he hallado sino muy pocos cursos de Historia de Oriente, entre ellos uno que puedo alabar, el del señor Raúl Ferrero, que en la Historia Egipcia atiende a periodos tan importantes y hoy tan iluminados por excavaciones como el periodo Tinita anterior a Menfis, pero para la mayor parte de nuestros autores de textos la Historia de Egipto comienza con Menfis, en tanto que los faraones y las excavaciones del alto y medio Egipto, las tan importantes del periodo tinita, son como si no existieran.

En Caldea hay cosas más graves en varios autores cuyos textos están aprobados y realizan destrozos en las pobres mentes juveniles. Sostienen que los súmeros eran semitas, por un extraordinario favor que a todo lo semita conceden. Yo no soy antisemi-

ta, pero no hallo tampoco razón para una inquina tan sistemática para las pobres familias indoeuropeas o arias. En cuanto a la confusión entre la lengua súmera y la acadia es imperdonable, porque la súmera es aglutinante y la acadia es una lengua semita hermana del árabe y del hebreo y por consiguiente lengua de flexión, pero yo temo que todavía existan por lo menos en la instrucción primaria y secundaria, profesores que no se hayan dado cuenta de las familias lingüísticas, y de las diferencias que separan las lenguas aglutinantes de las de flexión.

El atraso respecto de Grecia es también extraordinario. Todavía en muchos textos se confunde a los helenos con los pelasgos. Hasta en mi tiempo, que ya data, se sabía que el término "pelasgos" no era propiamente un término científico ni arqueológico, sino una denominación general que habían empleado los antiguos historiadores y logógrafos, pero buenos andaríamos nosotros si para estudiar la historia de Grecia de mil o dos mil años antes de Jesucristo, nos atuviéramos a lo que recordaban los griegos de esa época, que era un pueblo extra-histórico y cuando Tucídides empieza por decir que poco recordaba y que nada sabía de aquella edad primitiva. La diferencia entre los primeros habitantes de la Grecia y los griegos es enorme; porque entre los primitivos había dos razas. Una, la de los egeos o monoicos — cuyos restos se excavan desde principios de este siglo xx en Creta, Micenas y Tirinto —; eran dolicocefalos, pequeños, morenos, hermanos de los primitivos habitantes del sur de Italia, Sicilia, Córcega y Cerdeña. Y otra, la de los griegos, que aunque comencemos con los aqueos y con los eolios que eran mestizos, pertenecen a una raza invasora completamente distinta, que tenían otra forma de cráneo y elementos de cultura profundamente diferentes. Y cuando se llega a las instituciones políticas, entonces lo atrasado, inexacto y tendencioso de aquellos textos resalta porque tenemos calificado a Solón como demócrata, como llaman democracia a la monarquía de Luis Felipe en el siglo xix en Francia.

En cuanto a Italia, los etruscos vienen, según textos, de Grecia y del norte de Europa o de Africa, lo que para cualquier simple aficionado a la Arqueología está desvirtuado hace muchos años, no por la cita del pasaje de Herodoto, de un testimonio histórico tan

anterior, sino por el estudio de los monumentos e inscripciones etruscas de mil años antes de Cristo.

En cuanto a las apreciaciones estéticas respecto a los escritores del periodo áureo de Roma hay también preciosidades, y me he hallado en un texto lleno de buenas intenciones, equiparado al gran Cicerón con el pobre compilador Varrón, lo cual es demostrar que se carece completamente de tabla de valores.

En la Edad Media, al tratar de Inglaterra bajo los primeros monarcas hereditarios, Guillermo el Normando aparece también como demócrata, cuando no existía la Cámara de los Comunes. Y Cromwell es apellidado en algunos textos, y esto tiene trascendencia, "fundador de la Constitución inglesa", sin duda por haber realizado un golpe de estado y haber gobernado sin Parlamento. Y no paran ahí las cosas sino que el buen rey Carlos III de España está calificado — y esta es una perla preciosa — de racionalista, cuando no era ni demasiado racional.

Y pasemos a América. Acá hay muchas cuestiones. Ante todo, la población del nuevo continente. Yo no sé por qué se les ha ocurrido que los que defendemos la teoría de la población de América por los asiáticos a través del estrecho de Behring, teoría extraordinariamente difundida desde tiempos del Padre Acosta, obedecemos sólo a prejuicios monogenistas y bíblicos. Los sabios norteamericanos principalmente, entre los cuales no se debe olvidar al que más se ha destacado en esta materia, Hrdlicza, han probado, lo que se llama probado, que las Aleutinas estaban pobladas y que ahí están los eslabones de la cadena entre los asiáticos y los primeros habitantes de Alaska y de los Estados Unidos; y ahora la población de América por el estrecho de Behring no es ya discutible, por más que no podamos negar que vinieron pobladores de otros lados.

En una Historia de la América Española, que no ha sido aprobada todavía, aunque abrigo pocas dudas de que lo será dentro de poco, conforme van las cosas, hallo una apreciación de las culturas primitivas — ahora a cualquier cosa le llaman cultura — según la que resisten cotejo no sólo con las grandes culturas asiáticas, chinas e indostanas, sino también con las mediterráneas, y según el cual el libro de los Mayas es superior a la Biblia porque en él, el dios se arrepiente varias veces del material escogido para

crear al hombre. Y luego se dirá que se defiende la religión del Estado y también los fueros del sentido común.

En cuanto a otros problemas — porque no puedo detenerme demasiado — uno extraordinariamente importante es el de la despoblación de América bajo el régimen español. Todavía siguen circulando las fantásticas exageraciones del Padre Las Casas sin atender el carácter verdaderamente visionario de sus números, ni a las constataciones modernas que deberían infundir más confianza.

Me referiré al asunto de los sacrificios humanos en el Perú. Hay algunos textos que los admiten, mal de su grado, otros los occultan, y en una Historia de América reciente se afirma de manera terminante, resuelta y apodíctica, que los sacrificios humanos no existieron en el Perú de los incas, lo que yo no dudo en calificar del colmo del cinismo, pues no tenemos sino un autor, que es Garcilaso, autor tardío, que procura negarlos. Yo he sido uno de los apogolistas y vindicadores de Garcilaso. Cuando Menéndez y Pelayo calificaba en conjunto los Comentarios Reales como novela, reclamaba que allí había mucho aprovechable y tuve la satisfacción de que él mismo modificara su juicio; pero jamás, sea cual fuere nuestro amor y entusiasmo por el prestigioso cuzqueño, podemos aceptarlo como la mayor y más aceptable fuente, porque lo vedan no sólo sus condiciones de personalidad sino también el que no es testigo presencial: es un autor tardío, contra el que están todos los autores que han tratado del Perú primitivo, y están las deposiciones de los testigos que en la época del virrey Toledo, dijeron que ellos mismos habían entregado a los niños y a las vírgenes para el sacrificio. Bien, esto no se puede negar y el hacerlo es una falsificación histórica sobre la cual ha insistido Porras.

Pasaré a otra de las confusiones que existen en los textos de Historia del Perú hoy en uso. Por más que se les ha explicado en muchas ocasiones, no hay manera de que entiendan lo que eran las encomiendas, y no es que sean tan obtusos como mal intencionados: hay el propósito de convertir la Historia del Perú en un arma envenenada no sólo contra los españoles, sino contra los que representan la tradición española, que son la gente cultivada y sustantiva de los países sudamericanos. Las encomiendas no son feudos; los encomenderos pudieron llamarse feudatarios por ciertas semejanzas históricas y por el deseo que ellos tuvieron de convertirse en seño-

res feudales, pero no lo fueron nunca porque les faltó el señorío jurisdiccional, el dominio de la tierra, conexo con el señorío; porque el feudalismo consiste en la conjunción del poder político y del poder territorial, y donde no hubo ni poder político ni territorial — porque el encomendero no hacía más que percibir para sí una parte del tributo que pagaban los indios — es apresurado hablar de feudalismo, es simplemente un barro con el que quieren ennegrecer y emponzoñar la historia del Perú.

Otra de las confusiones que menudean en aquellos textos — no digo autores — de historia, es la de que los criollos eran de casta mezclada o sea de sangre mezclada. El que tal ha dicho no sabe la significación de la palabra *criollo*. *Criollo* significa el blanco o negro nacido en Indias y no mezclado; los mezclados son los mestizos, y esto no hay manera de que lo entiendan y ya va para años que se lo repetimos.

Se ha llegado a afirmar que se necesitaba probar hidalguía y limpieza de sangre para usar golilla y pelucas, y otros sostienen que no podían enseñar en el Perú colonial sino los sacerdotes. Preguntándome yo cómo se pudo llegar a semejante disparate, he pensado que se debe a una visita apresurada que habrán hecho a algún museo o a la galería universitaria: como ahí están los profesores universitarios vestidos todos con ropas talares, habrán deducido que tienen sotana.

Otros sostienen que no podían venir de España mujeres. Solas no, porque el Estado atendía mucho a la moralidad, pero cuando venían con sus padres, hermanos y maridos, sí; y basta leer cualquier expediente del archivo de Indias para saberlo.

En la época de la Independencia nadie hay que tenga el valor de decir verdad tan primaria como que aquella lucha, lucha necesaria y gloriosa, fué una guerra civil, como lo está probando en la misma batalla de Ayacucho la proporción de 10 % de peninsulares en las filas del ejército realista. En todo lo que se relaciona con la Independencia hay siempre la propensión a aceptar en el Perú la imposición del criterio forastero, a subalternarnos a ellos sin recordar las palabras tan oportunas y justicieras de un antiguo tratadista de la historia española, el cual decía, para enseñanza de muchos de los nuestros, con la brava honradez propia de su raza, "His-

toriador es sólo el que tiene hombría y ánimos para decir cuanto conviene”.

Pero a más de estas deficiencias en los textos — y no he citado sino las más saltantes porque quiero abreviar esta conferencia — hay una deficiencia muy grave y actual en la enseñanza de la Historia del Perú. He leído, por indicación de algunos amigos míos, los recientes planes y he visto con asombro que en los tres primeros años de la instrucción media se va a enseñar la Historia del Perú conjuntamente con la Historia Americana y la Geografía del Perú conjuntamente con la Geografía Universal; que en los dos últimos años de instrucción media, aquellos años decisivos para la formación de la sensibilidad y del sentimiento patrios en los jóvenes, la historia nacional está omitida, como lo está también en toda la enseñanza secundaria comercial, y la educación cívica está reducida a la ridícula e insignificante proporción de una hora a la semana. Yo soy imparcial y estoy alejado de la política; me creo, y que esto no parezca jactancia, superior en este punto y en todos, al desvío, al favor y al halago, pero creo cumplir con un deber, y me avergonzaría de no cumplirlo, al decir que semejante plan de estudios no es lo que teníamos el derecho de esperar, que no corresponde al nacionalismo que dicen informa el programa educativo, y que representa una imprudencia máxima que nos prepara para dentro de veinte años generaciones de derrotistas y de anti-patriotas.

Yo no juzgo intenciones: simplemente constato resultados, y creo que otro peligro nos acecha: el que los textos de Historia no sean redactados en el Perú sino impuestos desde fuera por alguna comisión internacional. Y no lo digo sólo por ahora, pues el asunto tiene precedentes ya antiguos: comenzó hace muchos años a debatirse en la Sociedad de Naciones y hubo que suspender el debate porque el ambiente todavía no se decía propicio, pero luego en América ha habido conversaciones en Buenos Aires y en Montevideo en los años de 1931 y 32. Yo conjuro a todos mis compatriotas, gobernantes y gobernados, a que en esta materia no acepten tutela ni ingerencia forastera ninguna. El patriotismo se alimenta y vive de la Historia y de la tradición. La palabra *patria* viene de *padres*: sobre el altar de la patria y bajo su gallarda llama hecha de ruegos y de inmolaciones, de valor y de plegarias, de-

ben existir siempre, como en la ritualidad litúrgica católica, los huesos de los predecesores y las reliquias de los mártires.

En convivencia con este patriotismo peruano, pero envolviéndolo como una atmósfera, está nuestro hispanoamericanismo, o sea la conservación de nuestra peculiar cultura hispánica. Yo sé que existen propagandistas que nos dicen que nuestra hermandad radica en nuestro elemento aborígen, que yo nunca he combatido y que antes bien he defendido — por lo cual algunos de mis amigos me han calificado de tibio y hasta de indigenista —, pero en nuestra patria hay dos elementos: el propio elemento que podemos llamar de individuación y caracterización, aunque sea afectivo y de cultura inferior, elemento que yo reconozco en su alto valor como el elemento nacional peruano, ese es uno; pero sobre ese elemento está el de la cultura general española que es el que funda nuestra verdadera hermandad con los demás países de Hispanoamérica, la que no puede estar en el fondo de la barbarie indígena primitiva, pues los indios ni siquiera se conocían de uno a otro país, salvo en el Tahuantisuyo. Si acudimos para la generalidad o confraternidad hispanoamericana al elemento indígena, nos encontramos que allí no está su raíz porque eran entre sí ignorados o enemigos. Cuando yo oigo que se dice “Perseguís un fantasma” (como si la unidad cultural en que radica la esencia de la vida de Grecia y de Roma fuera un fantasma); cuando oigo decir “aquello es un mito; el hispanismo murió hace 200 ó 300 años”; cuando oigo que siguen denostando y ultrajando los valores europeos de nuestra cultura, entonces es cuando me convengo precisamente del valor educativo e histórico de este segundo elemento. Esta civilización hispánica, una de las más altivas y orgullosas, pero la menos exclusiva en punto a raza, que hayan existido en el mundo, es uno de los elementos esenciales de la historia, como lo prueban las épocas en que para toda causa desinteresada y católica se contaba con el concurso de la raza hispánica. Pero la grandeza de esta civilización y de esta raza no está solamente en el pasado, sino en el presente y en el porvenir; por eso quienes ven en ellas todavía un enemigo formidable las atacan y las insultan.

Contra los peligros que nos amenazan y que aumentarán, sea cual fuere el resultado de la guerra actual, el Perú necesita para defender su nacionalidad, consolidar un triple baluarte: primero, la

enseñanza de la religión católica, pero enseñada por sus sacerdotes y maestros, porque no hay nada más funesto para las mentes jóvenes que ver la religión a través de la socarronería de un incrédulo; segundo, la defensa de la lengua y de la literatura castellanas; y tercero, la enseñanza de la historia y de la geografía peruanas, constituyendo siempre cursos independientes y no mezclados ni ahogados en cursos de historia y geografía de América, porque bastante más nos interesa a los peruanos nuestra patria que el Canadá o la Martinica.

La vida y la muerte de los hombres es algo profundamente distinto de la vida y la muerte de las sociedades. Cuando muere el hombre, su alma inmortal continúa su destino ultraterreno para recibir el premio o el castigo a que se haya hecho acreedora; pero en las sociedades no ocurre esto, sino casi lo contrario. La muerte de la sociedad se puede decir que consiste en el desasimiento espiritual de la patria, después del cual siguen viviendo con apariencias fantasmal las instituciones y los individuos. La Patria es un conjunto de aspiraciones, sentimientos y reacciones; y cuando los individuos, por el egoísmo y la inercia se enfrían, se retractan y se aíslan, su unión se debilita y el fin desaparece; y entonces esas violentas marejadas de pasiones, de ideas y de propósitos, ya no pueden recorrer los círculos aislados e inertes de la sociedad, y ésta se inmoviliza como el agua estancada, se corrompe y se pudre; llegan los hombres a no preocuparse sino del lucro y de la conveniencia particular o de su grupo, niegan la comunidad con el pasado, se desinteresan del presente y se encogen de hombros ante el futuro, y he aquí el hombre convertido en simple lobo del hombre, en simple hombre económico, y todo se ha hecho entonces mercadería y mercaderes. Un día rompen la vinculación con los recuerdos, otro día maltratan una institución, otro día destruyen un monumento; mientras que los tibios, pensando que "hay que esperar otra ocasión", que "puede ocurrir algo peor que ahora", al fin y al cabo se resignan y callan. Pero este predominio del egoísmo llega a convertir a los individuos y a las instituciones en focos apagados, y la sociedad convertida en un conjunto de fragmentos carece de un principio vivificador, de una entelequia: de repente viene un ligero choque interno o externo y entonces lo que parece vivir, que era el alma de la patria, se ve que ha muerto por el olvido de lo pasa-

do, y la sociedad y el país se desploman. Pero existen ocasiones en que ¡suprema vergüenza! no es ni siquiera necesario desplegar de fuera o de dentro alguna violencia, porque el proceso de descomposición interna todo lo ha preparado y él mismo llega a rematar su propia obra.

Eso que ha ocurrido en tantas partes podría llegar a ocurrirnos a nosotros mismos si descuidáramos la enseñanza de eso que he llamado el triple baluarte de la religión, la lengua y la historia. Ciertamente que la situación no ha llegado todavía a términos tan graves que podamos sentirnos próximos a la desesperanza. En años pasados hemos afrontado crisis todavía más duras. Y si no tenemos amortiguados ni nuestro patriotismo ni nuestra energía podemos de nuevo conjurar y vencer las que se nos presenten. Y si fuere necesario llegar para ello a sacrificios supremos, no debemos olvidar que al defender estos principios esenciales estamos defendiendo todo lo que hace preciosa y digna de vivirse la vida humana: el legado de nuestros padres, nuestra dignidad, personalidad y autonomía nacional, y las mismas santas leyes de Dios.

José de la RIVA-AGÜERO.